

EL CERRO DE SAN MIGUEL DE LIRIA, ¿SOLAR DE LA GRAN EDETA?

I

Más que por la historia, por la inveterada tradición constantemente transmitida a través de los siglos por infinitas generaciones, consta la pretérita existencia de un vetusto pueblo, llamado Edeta, cuyo asiento señalan los geógrafos cabe la actual ciudad de Liria.

La escasez de pruebas que en defensa de tan respetable abolengo se aportaban, contribuyó no poco a que tan preciado timbre de Liria fuese considerado como un mito más. Por esto, invocando la valiosa inspiración de la musa Clío, dirigimos hoy nuestra pobre actividad a descorrer el tupido velo que, sobre la Gran Edeta, Chronos tejiera.

Sobre los aborígenes de la bella comarca edetana nos legaron nuestros remotos antepasados muy venerables tradiciones, pero tan íntimamente mezcladas con fabulosas leyendas, que resulta punto menos que imposible el establecer una prudente línea divisoria entre lo histórico y lo fantástico; y siendo la historia de los tiempos antiguos paupérrima en límpidos manantiales, se ha de recurrir con frecuencia al aprovechamiento de tan dudosos caudales informativos, previa su paciente clarificación, decantando, al efecto, el sedimento que suspendido acarrearán y que los enturbia y obscurece.

La averiguación, pues, de la fecha en que se comenzó a poblar Edeta, sería impropia labor, impropia de nuestras raquíticas fuerzas, y por ahora ha de permanecer, muy a pesar nuestro, celosamente velada entre los insondables arcanos de la protohistoria, ya que sobre este punto no hay afinidad de opiniones entre los cronistas, pues así vemos que, mientras por unos autores se atribuye esta fundación a los griegos, en los tiempos heroicos subsiguientes a la destrucción de Troya, y por otros a los armenios compañeros de Túbal, a raíz del Diluvio Universal, algunos autores le asignan origen arameo, puntualizando su establecimiento en el año 1850 de la creación del mundo, no faltando quien le reconozca por sus primitivos pobladores a los tirrenos, venidos con Hércules en tiempos mitológicos, ni tampoco falta quien supone fuesen pastores fenicios trashumantes los que, enamorados de tanta feracidad, echaron sus cimientos... Pero, caminando sobre terreno firme puede asegurarse que, cuando las águilas romanas hollaron este rico país, encontráronlo habitado por sencillos y montaraces iberos, cuya rudimentaria cultura había recibido ya el beneficioso influjo de las civilizaciones fono-helénicas.

Bajo el epígrafe de «El Llano del Arco, en Liria» (1), y en otras diversas ocasio-

(1) *Las Provincias*, núm. 16 575, jueves 25 de enero de 1925.

nes, nos hemos ocupado de un notable ejido liriiano como yacimiento de restos genuinamente romanos, a saber: los del Arco que le apellida, mosaicos, esculturas, relieves, inscripciones, monedas imperiales, *pondus*, *spicata*, tiestos de *sigillata*, de *tegulae*, y de ánforas con sus características bases cónicas, etc., etc., todo ello entre los cimientos de simétricas construcciones urbanas, detrito de cierta metrópoli latina que, con los nombres de Lauro y de Laurona, citan los anales patrios como madre de Liria, a la vez que como sucesora inmediata de la renombrada Gran Edeta.

Conocedores, pues, del solar y bastantes de las circunstancias que concurren a la intermedia ciudad de Lauro, e ignorantes en absoluto de cuanto a su predecesora la Gran Edeta se refiere, la averiguación de tanto misterio es el objeto que guía nuestras modestas investigaciones.

II

Entre los cerros que, con su elevación, dominan a la moderna ciudad de Liria, descuella el de San Miguel, así llamado porque en la meseta que corona su cúspide yérguese vigilante el famoso santuario-monasterio del valiente caudillo de las huestes celestiales.

Desde su altitud, de unos 218 metros sobre el nivel del mar, permite deleitar la vista del devoto peregrino en la contemplación del dilatado *ager* edetano, cuyo sínople, perennemente primaveral, esfúmase en lontananza con la esmeragdina faja del Golfo Sucronense; por su ocaso limitan el sinuoso horizonte los enmarañados bosques fronterizos a la Celtiberia, y, sobre todo, se cierne protectora la tersa bóveda del puro cielo levantino.

La fatigosa ascensión que para encumbrarse a estas alturas precisa realizar, es pródigamente compensada por el ambiente de paz y de grandeza que aquí se disfruta, y el agradable cefirillo con que Eolo nos obsequia, acarícianos estimulando tan intensamente nuestras energías vitales, que nos ocurre considerar cuán incalculables beneficios podría reportarse a la humanidad doliente, instalando en este privilegiado paraíso algún filántropo sanatorio.

Mas, dejando al curioso turista extasiarse ante tan grandioso panorama, maravilloso alarde con que Natura nos brinda, estudiemos, aunque sólo sea someramente, este celeberrimo accidente orográfico, considerado desde el punto de vista arqueológico que, según apreciará el benévolo lector, es el que mayor interés ofrece para el objeto que proseguimos.

Recientemente experimentamos muy justa satisfacción, al descubrir aquí arcaicos restos, hasta entonces inadvertidos, que constituyen venerandas reliquias retrospectivas, de cuyo detenido examen se desprende la existencia indubitable en la cumbre del renombrado Cerro de San Miguel, y desde tiempos indeterminados, de un importante núcleo de población prerromana, y conjeturando que pudo ser el principal centro de la nebulosa Gran Edeta, juzgamos conveniente la catalogación de tan significativas pruebas, ya que tanta luz pueden suministrarnos, iluminándonos en este tenebroso asunto, a falta de otros documentos más precisos.

III

En primer lugar, absorben nuestra escudriñadora atención los vestigios de cierta vía carretera que, saliendo del recinto del monasterio por su parte meridional, dirígese hacia la vertiente oriental, para descender en suave declive por toda ella en dirección norte y poniente, y ciñéndose a las escabrosidades del terreno, desaparece a intervalos allá donde profundizó la acción erosiva de las aguas pluviales, hasta perderse en la base de la montaña, por la parte llamada *Les Olivarettes*, en el barranco de *Volta*.



Cerro de San Miguel, vertiente meridional.

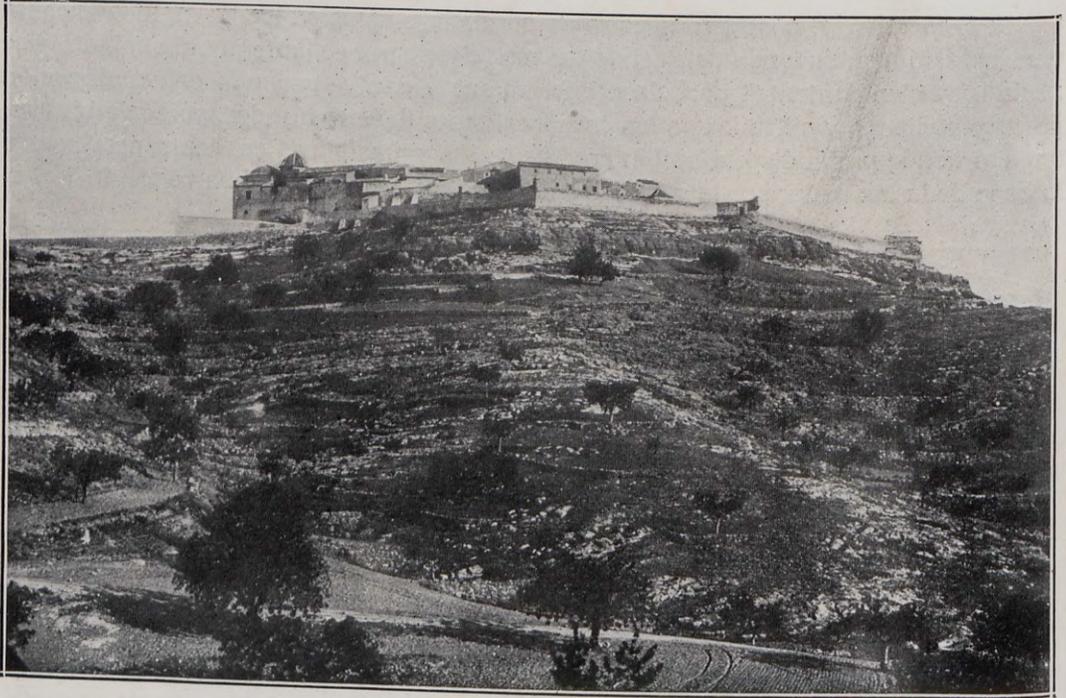
(Fotog. D. URIEL).

Por las vertientes meridionales de esta eminencia, y sobre la mitad de su elevación, vislumbramos algún residuo de otra vía análoga a la descrita que, viniendo por el contiguo montículo de *La Torreta*, cuya base rodea en gran trecho, va ladeando por este monte hacia los inmediatos. Cada una de estas dos vías está formada por dos carrileras paralelas, de unos siete palmos de separación, cuyo ennegrecimiento denota haber caído en desuso desde tiempo inmemorial, y debieron estar reforzadas por calzadas niveladoras, de las que aún se conservan parte de sus ruinas.

Además, contienen estas rocas alguna otra manifestación, labrada a pico por ignotos artifices, como son: la rústica escalera que, formada por unos veinte peldaños,

subsiste en la parte que mira hacia la *Cova del Cavall* (1), y la *cista* o sepultura eneolítica, que apareció en la estribación de este cerro, llamada «*Lloma de los arcillares*».

Diseminados por sus rampantes laderas, yacen los cimientos de muros y de viviendas, contruidos con piedras sin labrar y sin unir; grandes monolitos, ora sueltos,



Parte poniente del Cerro de San Miguel.

(Fotog. D. URIEL).

ora formando las ribas contentivas de modernas rozas, cuyos bloques quizá formaran parte integrante de construcciones más o menos ciclópeas.

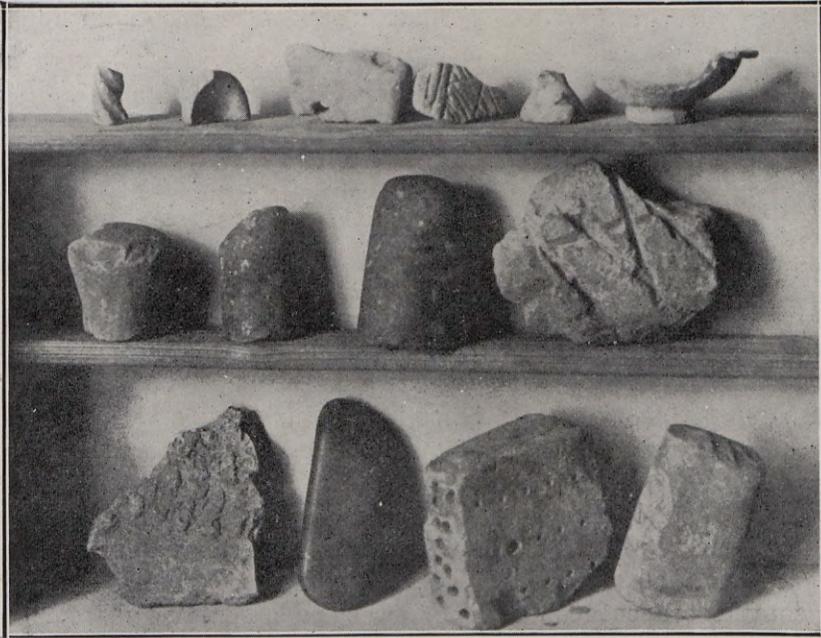
Encuéntanse también otras piedras de naturaleza exótica, trabajadas, unas, de estructura porosa, para la molinería manual; otras, afiladoras, de arenisca, y algunas de fractura concoidea, muy compactas, pulimentadas; todas ellas promiscuadas con muchísimos restos alfareros y utensilios difíciles de clasificar: *pondus*, *fusayolos*, etcétera, etc.

Lo más abundante es la cerámica, que constituye un extenso y variado muestrario, abarcando desde el primitivo barro de grosera pasta y tosca modelación, pasando por los negros y oscuros torneados, la alfarería ordinaria sin adornar, la profusamente historiada y los finísimos fiestos de pateras italo-griegas, con sus clásicas palmeras estampadas, hasta los de principios de la dominación latina, en que desaparecen, reapareciendo con los fiestos góticos del siglo xiv de las manufacturas de Paterna y de Manises sin interrupción hasta los contemporáneos.

La cerámica ibérica pintada ostenta por motivos decorativos los *sui generis* dibu-

(1) Notable cueva merecedora de concienzuda exploración.

jos geométricos, círculos concéntricos a compás, dientes de lobo, zarcillos, fajas, zig-zags, con muy exigua fauna, pero con bastante flora; muy rara vez aparece esta cerámica exornada en relieve. Las bases de sustentación de estas vasijas son generalmente en forma de discos cóncavos, ofreciendo algunas de ellas la particularidad de contener en su parte interior incrustaciones de pirritas o de piedrecitas; otras, la de hallar-



Objetos de piedra pulimentada y de barro.

(Fotog. D. URIEL).

se perforadas; excepcionalmente se encuentran muy pocos sustentáculos cónicos tan propios de los *cadus* o ánforas griegas y romanas. Hasta de tres lóbulos son las asas de vasija que aquí resurgen, y es frecuente que dichos lóbulos aparezcan caprichosamente retorcidos entre sí, adoptando la forma de cuerda; de carácter antropomórfico solamente un asa poseemos, que ofrece, ingenuamente modelada, una quimérica carita.

En tan deplorable estado de fragmentación encuéntranse estos materiales cerámicos, que fracasa cualquier tentativa de reconstitución; no obstante, los receptáculos de configuración de olla y de amplia boca, generalmente replegada hacia su exterior, que fueron los más usuales, los clasificamos como urnas cinerarias; otros de diversas formas y mayor tamaño los identificamos con *hydria*, *dolium* y *cadus*, y en las de menor volumen adivinamos lacrimatorios, lucernas y ungüentarios.

IV

La plástica primitiva se manifiesta aquí por dos raros ejemplares que, como oro en paño, conservamos en nuestra colección particular: el primero es una mascarilla de barro, tan blando, que su cochura debió verificarse a muy pocas calorías, y cuyo icón

representando un rostro varonil, de abultados labios, peinado en gruesos mechones, nos recuerda el de aquel mancebo que algunas monedas iberas suelen traer esculpido

en su anverso; constituye el otro ejemplar una figurita de caballo, en barro duro, desgraciada en sus proporciones y mutilada por sus extremidades, al que, a usanza ibérica, le adornan por jaeces sendos discos en la frente y en las sienes.

Entre los muchos *pondus* o lajas de alfarería perforadas de uso incierto que hemos encontrado, los hay con uno y con múltiples orificios, practicados antes de la cocción, en varios sentidos; con signos o marcas ¿ponderales? incisos y punteados, figurando círculos, aspás, cruces, y en alguno de ellos creemos ver representado cierto signo del alfabeto ibero.

Tenemos igualmente coleccionados otros objetos de arcilla cocida, verbigratia, un rosco de barro blanquecino, de aplicación desconocida, idéntico al que, aparecido en Sagunto, conserva el Sr. Chabret; un fragmento de ¿ladrillo?, en

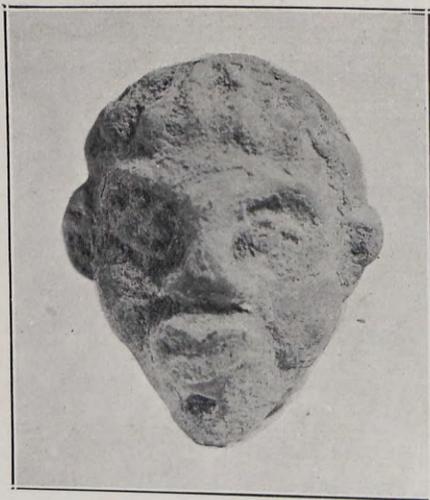
cuyo canto lleva estilizada una serie de círculos secantes encadenados; un trozo de ¿falo?, otro de un enigmático ¿amuleto?, varias manos trituradoras, etc., etc.

La metalúrgica de este yacimiento está representada por un lingote triangular de estaño, fragmentos de bronce recubiertos por gruesa patina de cardenillo, e informes masas de hierro muy deleznable.

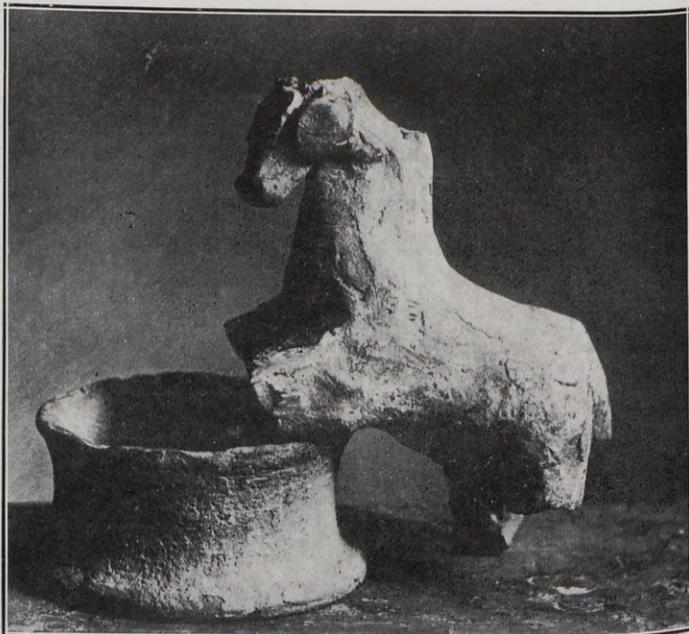
De la época neolítica tenemos: un proyectil esférico de diorita, varias hachas de piedra pulimentada y otros incompletos útiles del mismo material.

Además de la cerámica descrita, también suele hallarse algún pedazo de irisado vidrio fenicio.

A todos estos hallazgos, por nosotros efectuados, debemos agregar el de cierto *perolet de obra*, continente de cenizas mezcladas con huesos, arracadas, torcas, brazaletes y fíbulas, que fué desenterrado por el difunto padre de los seroneros apodado «Ronquillo» al plantar unos algarrobos.



Mascarilla de barro blando.
(Fotog. D. URIEL).



Caballito de barro y vasija primitiva.

(Fotog. D. URIEL).

El estudio de esta numismática merece, por su extensión, ser tratada en capítulo aparte.

V

Los felices hallazgos de monedas acaecidos en la estación que estamos describiendo, revelan su excepcional importancia en esta especialidad; el más afortunado de que tenemos noticias ocurrió el 31 de octubre de 1806, en ocasión de construirse el camarín de este santuario, pues contenidas en un recipiente de alfarería surgieron cerca de mil monedas de plata, con más de doscientos cuños diferentes; y habiéndose repartido aquel tesoro entre las beatas, clero, autoridades, operarios, etc., consérvanse todavía algunas de aquellas medallas; así, el alpargatero Pascual Ferrandis, posee un monetario procedente del referido hallazgo, formado por cuatro denarios de plata, y que, catalogados con el Diccionario Gusseme (1), son:



Fragmento de ¿amuleto?
(Fotog. D. URIEL).

Núm. 1.—Familia Carisia. Anverso: ROMA, cabeza de Roma con galea; reverso: T. CARISI, símpulo, tímón, globo, cornucopia, dentro de laurea (tomo 2.º, página 101).

Núm. 2.—Familia Carisia. Anverso: cabeza de la Sibila Frigia con el pelo recogido; reverso: T. CARISIVS. III VIR., esfinge alada (tomo 2.º, página 101).

Núm. 3.—Familia Plautia. Anverso: A. PLAVTIVS. AED. CVR. S. C., cabeza de mujer coronada de torres; reverso: BACCHIVS. IVDAEVVS, Baquío Régulo, de Arabia, de rodillas, en la D. ramo, y con la S. tiene un camello (tomo 5.º, página 146).

Núm. 4.—Familia Porcia. Anverso: LAECA, cabeza de Roma con galea; reverso: M. PORC. ROMA., mujer con pileo en la S. corriendo y puesta en cuadriga, y victoria volando que la corona (tomo 5.º, página 478).

Además del mencionado hallazgo monetario, se suceden con frecuencia los de ejemplares aislados, como son los que, continuando la numeración correlativa, vamos a detallar:

Núm. 5: de bronce.—Localidad Indica (San Martín de Ampurias). Anverso: cabeza galeada de Palas mirando hacia la derecha, sin leyenda; reverso: Pegaso ¿con el Cabi-ro? corriendo hacia la derecha; en la parte superior, a la izquierda, corona de hojas; debajo, y sobre una línea la leyenda ibérica, $\uparrow N \Psi \zeta \zeta \zeta N$. (clasificada por D. Luis Gallego).

Núm. 6: denario de plata. Anverso: M. POBLICVLE.C.PRO.PR., testa de Roma galeada hacia la derecha; reverso: un guerrero recibe la palma que le entrega una deidad femenina.

(1) *Diccionario Numismático general para la perfecta inteligencia de las medallas antiguas*, por D. Tomás Andrés de Gusseme.—Madrid, 1777.

Núm. 7: denario de plata oscense. Anverso: cabeza barbada de Hércules con collar hacia la derecha, caracteres $\chi \rho$ detrás de la nuca; reverso: jinete hacia la derecha con lanza enristrada, sobre la leyenda ibérica $\chi \rho \text{MAN}$ subrayada.

Núm. 8: as de bronce.—Localidad: Sagunto. Anverso: cabeza de Minerva con galea encrestada y alada hacia la derecha, leyenda latina SAGVN; reverso: proa, caduceo, leyenda ibérica $\Delta \Delta \Sigma \Sigma$ entre dos líneas.

Núm. 9: as de bronce, bilingüe.—Localidad; Játiva. Anverso: cabeza masculina hacia la derecha, leyenda SAETABI; reverso: jinete con palma, y entre las patas del rocín, la leyenda ibérica $M P N Y$.

Núm. 10: as de bronce. - Localidad; Carteya (Cortijo de Rocardillo entre el Gudarrique y Gibraltar). Anverso: cabeza de Neptuno hacia la izquierda; reverso: delfín hacia la izquierda, encima C.VID-AID, debajo KARTEIA (clasificada por L. Gallego).

Núm 11: as de bronce ibérico pendiente de clasificación, y que para dicho objeto entregamos al Sr. González Simancas.

Núms. 12 y 13: bronce, inclasificables por su pésimo estado de conservación.

De otros ejemplares tenemos noticias, pero no las hemos podido ver.

VI

El detenido examen de los mencionados restos arquitectónicos y su comparación con los aparecidos en el Llano del Arco, la historia y la tradición, eficazmente ayudadas por sus demás ciencias auxiliares, nos ponen de manifiesto que los *detritus* más modernos del Cerro de San Miguel son coetáneos a los más antiguos del Llano del Arco, y como consecuencia inmediata, deducimos que la destrucción de la Gran Edeta coincidió con la edificación de Lauro.

La primera de las dos vías estudiadas nos demuestra que, en tiempos remotos, fué necesaria la comunicación con esta cumbre; la profundidad de sus carrileras nos indica que su servicio no fué momentáneo, sino que persistió por mucho tiempo consecutivo. Con respecto a la segunda, diremos que parece inverosímil la construcción de tan accidentada carretera, a orillas del terreno llano de esta frondosa vega, y conjeturamos que puede datar de luengos siglos, cuando por hallarse en período de formación el terreno cuaternario moderno de la huerta de Liria, ofrecía poca solidez para consentir, en aquella sazón, el tránsito de pesadas carretas, cuyas macizas ruedas, de corto diámetro, atascábanse en la entonces cenagosa llanura: por esto, pues, sospechamos hallarnos en presencia de aquella vía que, en la época fenicia, diz pasaba por Edeta, comunicando a *Sætabi* con *Arze-Saguntum*.

La arquitectura reclama nuestra atención sobre los cimientos y arranques de pared que, desprovistos de simetría, aún existen; su material es la piedra nativa exenta de trabazón; el ladrillo desconócese por completo en estas construcciones, y la absoluta carencia de *tégulæ* que aquí observamos, parece indicarnos que las techumbres entonces empleadas serían de paja o barro, cuya reminiscencia quizá sean las típicas barracas de la huerta valenciana, arquitectura que contrasta singularmente con la del Llano del Arco.

Los utensilios de piedra pulimentada atestiguan la civilización del segundo período

antropolítico, y aunque del paleolítico no tengamos testimonios, tal vez removiendo este terreno se nos manifiesten.

La cerámica nos hace observar que en el Cerro de San Miguel no residen los barro saguntinos, técnicamente conocidos por *tèrra sigillata*, y la ausencia completa de los ladrillitos rómbicos, que Vitrubio designa con el nombre de *pavimenta testacea spicata*, tan comunes unos y otros en el Llano del Arco: la sola enumeración, pues, y la comparación de ambas cerámicas, son elocuentes por sí mismas para establecer sus notables diferencias. Además, las grandes cantidades de tuestos de urnas cinerarias que, entre masas de arcilla cenicienta y con alguna esquirla, aquí aparecen, así como el citado *perolet* del «Ronquillo», son demostrativos de que los enterramientos por incineración fueron los aquí practicados; y como parece ser que la cremación de cadáveres y el almacenamiento de vasos funerarios en estancias llamadas columbarios fué el procedimiento empleado por los iberos antes de la invasión romana, que paulatinamente implantó la inhumación, debemos cotejar estos macabros despojos con los que aparecen alrededor del Llano del Arco, donde se desentierran los esqueletos con su correspondiente moneda en la boca, para pagar la barca de Caronte.

La numismática nos manifiesta que las monedas halladas en el Cerro de San Miguel son anteriores al imperio romano, y que las encontradas en el Llano del Arco datan desde las postrimerías de la república latina y durante todo el período imperial. Además, nos dice que, aunque muy escasas, existen medallas autónomas acuñadas en Lauro con leyenda ibérica; y como sabemos que en esta península comenzaron a batirse monedas autónomas, desde la venida de los Escipiones hasta el año 622 de la fundación de Roma (133 antes de Jesucristo), en que se verificó la primera reforma provincial de España, entendemos que en esta última fecha ya existía la ciudad denominada Lauro, así como que el fenecimiento de la Gran Edeta ya se había verificado.

VII

La epigrafía liriaña nos acusa muy poco respecto a inscripciones ibéricas, y con tal confusión que, para rebatir errores manifiestos, conviene tratarla con algo de controversia. Solamente una lápida de esta civilización consta haberse exhumado en Liria, según noticia que el erudito arqueólogo Sr. Almarche trae a colación en su notable obra *La antigua civilización ibérica en el Reino de Valencia*, donde, al tratar de Liria, dice: «Entre los papeles que guardaba D. Estanislao Sacristán de notas de antigüedades, se halla la siguiente: «Liria. La otra lápida azul de la abadía era celtíbera.» y entre... y Metelo, ha desaparecido. Dicen si está entre los escombros de la P...ta». Esto nos indica que en la abadía de Liria existieron dos lápidas: celtíbera la una, y la otra no.

Por otra parte, Perales, continuador de Escolano, al hablar de la lápida dedicatória de un templo a las Ninfas tan conocida, dice que fué hallada en la subida de San Miguel (1).

(1) «Décadas de la Historia de Valencia, de Escolano, continuadas por J. Bautista Perales»; nota final del capítulo XX, libro VII.

Consta por multitud de testimonios que la referida lápida de las Ninfas procede de la fuente de San Vicente, y para mayor confirmación de ello, copiaremos al pie de la letra la nota inédita de cierto códice que se conserva en este archivo parroquial (1), que, después de copiarla y traducirla, dice: «Para que se conserbe una lâpida tan an-»tigua y que por ella se declara estar la grande Edeta en Liria, yo el D.^r Juan Pinazo, »Rector, la hice conducir â la cassa Abadía y la hice colocar en la pared de ella, al lado »de la puerta, oy 29 de Junio de 1760». Y en otra letra distinta se añade: «Ha de de-»cir 1759, porque el dho. D.ⁿ Juan Pinazo murió el 7 de Mayo de 1760.—Bayarri, R.^r»

Por nuestra parte, nos explicamos la confusión padecida por Perales, teniendo presente que, mientras «Matelo» (no «Metelo») fué dueño del edificio-abadía, había allí depositadas las dos aludidas lápidas, y que al informarse de la procedencia de una, se le hiciera equívocamente de la otra: esto sentado, nos pone de manifiesto que la inscripción celtíbera fué hallada en el Cerro de San Miguel, objeto de nuestro estudio.

Conviene recordar aquí que, según los rancios cronicones del Real Monasterio de San Miguel, en el mismo solar que él ocupa hoy existió un templo pagano erigido por los aborígenes de estos lugares y que, dedicado a cierta deidad protectora de pastores y de rebaños, y servido por vestales, «subsistió en el mayor ruinoso abandono »hasta el tiempo de la dominación romana»... (2).

Este referido templo, *prytaneo* de los Lares gentiles, juntamente con los principales edificios de la asamblea, tesoro, granero, moradas del jefe del Clan, flamen, sacerdotisas, etc., etc., circundados por sólido recinto amurallado, formaron un *oppidum* o *acrópolis*, que al propio tiempo constituyó excelente atalaya y seguro baluarte donde refugiarse, en caso de alarma, tanto la población que agrupábase sobre sus muros, como la que habitaba diseminada por todo el agro.

Quizá puedan relacionarse con esta antiquísima ciudad los restos que existen, en término de Chelva, de un monumental acueducto, pues aunque no hemos tenido ocasión de admirarlos, aceptamos, con la reserva consiguiente, la opinión de Beuter, de que dirigiáse hacia Edeta, habiendo quedado sin concluir tan magna obra hidráulica, que bien pudo principiarse durante el apogeo del esplendor edetano, pues con el crecimiento de la urbe resultarían insuficientes sus aljibes o cisternas.

Admitiendo, pues, como axiomática, y desde antes de la época cevenense, la existencia real de la Gran Edeta, en este paraje que le hemos asignado, y admitiendo también su doble y simultánea metamorfosis de situación y de nombre, aventuremos, tras pacientes comparaciones e investigaciones, a fijar por fecha de ambos cambios en dos siglos antes de la Era Cristiana; fáltanos averiguar qué imperiosas causas influyeron en ello, puesto que grandes motivos obligarían al abandono de la ventajosa defensa natural en este cerro, para establecerse en terreno tan accesible y llano como el del Arco durante aquellos bélicos tiempos.

Considerando que los indígenas edetanos, lejos de permanecer neutrales en las luchas púnico-romanas, distinguiéronse como decididos auxiliares de los cartagineses, no es de extrañar que esta ciudad prosperase rápidamente mientras la suerte favoreció la causa de aquellas armas.

(1) «Matrículas Parroquiales de Liria de 1758 hasta 1765 inclusive.»

(2) «Devocionario Angélico o Librito de Preces a San Miguel Arcángel, ordenado por las Religiosas del Real Monasterio de San Miguel de Liria», 1921.

Pródigos para Edeta aquellos africanos conquistadores, engrandecíanla con el botín de sus victoriosas expediciones; la encumbraron al rango de capital de la Edetania, y anteponiendo a su nombre el epíteto de «grande», comenzó a llamarse la «Gran Edeta».

La destrucción de Sagunto, que iniciara la segunda guerra púnica, fué, indubitablemente, una de las mayores ocasiones que tuvieron los edetanos para enriquecerse, por los preciosos despojos que recogieron como trofeos.

Terminada aquella memorable lid con el aniquilamiento de Cartago, concibió Roma el plan de subyugar a España, y, al efecto, envió sus victoriosas legiones dirigidas por esforzados caudillos, los cuales comenzaron a castigar duramente a cuantos ayudaron a Cartago; en venganza de los saguntinos y en represalias sometieron y arrasaron todo cuanto tenía significación púnica. Si la Gran Edeta resistió algún tiempo aquellas represalias, debió serlo muy efímero, pues para completar y asegurar el pueblo-rey la conquista de España, envió al cónsul Marco Porcio, varón tan astuto y discreto que mereció cambiar su sobrenombre Prisco por el de Catón, equivalente a *cauto*, más conocido en los anales con el nombre de Catón el Censor o Censorino. Insaciable sed de furioso exterminio constituyó la monomaniática obsesión de aquel guerrero, pues en los diez meses que permaneció en nuestra península, redujo a escombros cerca de cuatrocientas ciudades; y consta que habiendo decretado aisladamente a todos los pueblos de la Citerior, que estaban fortificados y enclavados en mesetas elevadas, derribasen en un mismo día sus murallas y viviendas, para bajar a establecerse en lugares llanos, bajo otra diferente denominación, logró por este recurso someter los más indomables pueblos, pues los pocos que no le obedecieron fueron arrasados por su ejército.

Esto aconteció por los años 196 antes del nacimiento de Jesucristo; y conociendo ya, tanto la posición estratégica de la Gran Edeta, como su significación cartaginesa, hallamos una explicación probable de su fenecimiento y de la inmediata aparición de Lauro, explicación transitoria mientras llegan unas palas y unos picos sabiamente dirigidos y remueven este terreno, en cuyo seno yacen sepultados más elocuentes testimonios, puesto que los enumerados encontráronse a flor de tierra, sin ningún género de excavaciones.

Terminamos este desaliñado trabajo repitiendo que el llamado *Mulló* del Llano del Arco, constituye parte de un monumento romano, y añadimos que tal vez sea conmemorativo del *lauro* ganado aquí por Catón, señalador, además, del solar donde había de construirse la nueva ciudad con el simbólico nombre de Lauro.

Domingo Uriel.
